

A la oposición

KEPA AULESTIA

LA VANGUARDIA, 10.03.09

La probable elección de Patxi López como lehendakari con los votos del PP acabará presentándose como consecuencia de la incapacidad que muestran nacionalistas y socialistas para ponerse de acuerdo en quién debe liderar la etapa política que se abre con las elecciones del 1 de marzo en Euskadi. Si ello ocurre será porque el PNV ni quiere ni puede reconocer que se ha dado un cambio político mínimo pero suficiente para que esta vez el desempate parlamentario sea favorable a los no nacionalistas.

No quiere admitirlo por principio y porque en su ADN está presente el universo simbólico que comparte el conjunto del nacionalismo, también el sector judicialmente excluido de este último proceso electoral. No puede admitirlo porque, aunque sea de modo instintivo, sabe que le es más necesaria la unidad que el poder; o, para ser más precisos, que el poder depende de la cohesión interna, y esta se resentiría muy seriamente si el PNV se viera obligado a ir de segundo a un gobierno de coalición con el PSE-EE sacrificando, de entrada, la figura de Ibarretxe. Prácticamente confirmada la elección de López, la incógnita es qué tipo de oposición emprenderá el partido de Urkullu.

A mediados de los años noventa el nacionalismo institucional comenzó a descreer de las virtudes del Estatuto de autonomía al considerarlo una etapa agotada y en cierta medida fracasada del proyecto abertzale. La denuncia de su incumplimiento parcial le llevaba a promulgar su superación, primero por la vía trazada en Estella y más tarde por las

sucesivas versiones del plan Ibarretxe. Cuando la política no se sostiene sobre consensos básicos, los proyectos en liza reflejan los modelos de organización del poder político que más convienen a las distintas formaciones. Urkullu ha denunciado la existencia de un pacto para imponer un determinado "modelo de Estado" también en Euskadi; aunque al hacerlo ha revelado que el PNV cuenta con el suyo propio. Pero la gran diferencia que existe entre el modelo constitucional y estatutario vigente y el representado por el soberanismo contenido en los planes de Ibarretxe es que el primero permite ser gobernado por cualquier formación o coalición que obtenga la mayoría necesaria, mientras que el segundo, por su propio diseño, sólo puede ser gestionado por el nacionalismo, en cuyo hegemonismo se basaría su propia fundación.

El nacionalismo gobernante comenzó a desentenderse del Estatuto y a idear un proyecto que lo desbordaba cuando hace doce años se percató de que con el modelo autonómico podría perder el gobierno de las instituciones vascas. El desconcierto y la indignación con los que sus dirigentes reaccionaron al anuncio de Patxi López de que optaría a la designación parlamentaria como lehendakari podrían disiparse con el paso del tiempo. Entre otras razones porque el desapego respecto al Estatuto nunca ha supuesto que el PNV se desentendiera de sus instituciones. Pero si continúa resistiéndose a asimilar el cambio el PNV, que no tuvo especial empacho en pasar la página del Estatuto para encaminarse unilateralmente hacia la búsqueda de un estatus de libre asociación de Euskadi con España, podría acabar dando la espalda también a las instituciones autonómicas, imputando su posible inestabilidad al gobierno que presida López y atrincherándose en las instituciones forales y locales que controla.

Durante años se ha considerado que el tránsito de un nacionalismo esencialista a otro pluralista requería el fracaso electoral y político del nacionalismo gobernante y su paso por la oposición. Antes de estas elecciones, el PNV ha sufrido las derrotas políticas cosechadas por los planes de Ibarretxe, primero ante el Congreso de los Diputados y más recientemente ante el Tribunal Constitucional. Pero ello en ningún caso le ha llevado a una reconsideración explícita de su estrategia. En los comicios del pasado 1 de marzo, el PNV ha sido merecedor de una victoria electoral que, paradójicamente, envolvía un indudable revés político al no alcanzar junto a sus aliados la mayoría absoluta.

Queda por demostrar que este revés contribuya a moderar al nacionalismo haciéndole ver que ese mínimo cambio, propiciado también por la ilegalización de la izquierda abertzale de obediencia etarra, es precisamente consecuencia de la radicalización de todo su universo. Es poco probable que el PNV reaccione antes del pleno de designación de lehendakari, se avenga a sustituir al PP como socio del PSE-EE y trate de incorporarse a un gobierno de coalición con los socialistas. Pero si sus dirigentes más pragmáticos no dan de inmediato un golpe de timón, la inercia puede empujarles tan lejos que ya no les valga la pena rectificar el rumbo.